

UN SENTIDO POLITICO de la Fiesta de la Victoria

El día 1.º de abril se ha conmemorado en toda España el IV aniversario de la terminación de una guerra victoriosa. No hace mucho tiempo que todos los que pertenecíamos a nuestra generación contemplamos el panorama de España reducido a mínimas proporciones por los odios y las rencillas. Los partidos políticos llevaban sus disensiones a las más remotas aldeas y lugarejos. La venalidad se había instaurado sólidamente en los parlamentos de tipo liberal y al amparo de las poltronas de los Ministros republicanos. La paz social se veía turbada por constantes atentados en los cuales caían víctimas del odio patronos u obreros en aras de absurda e ilegítima lucha de clases. Finalmente, toda medida y toda proporción de rango y carácter histórico había desaparecido. Si en España se recordaban los tiempos pretéritos era con una interpretación gruesa o con una añoranza falta de fe que en modo alguno suponía la voluntad específica y firme de reverdecer los viejos lauros. Era forzoso volver la vista muchos años atrás, varios siglos atrás, para encontrar hechos que colmasen de satisfacción nuestro espíritu de patriotas. Únicamente la Falange mantenía vivas las viejas ambiciones y en la lucha impar, desproporcionada y enorme, los viejos camaradas regando con su sangre el solar patrio fueron despertando la eterna veta de heroísmo que lleva en sus entrañas cualquier español. A su lado las escuadras del requeté vivían poseídas de afanes similares y en África, al borde del peligro que siempre envuelve la guerra en sí, se formaban cuadros de oficiales españoles para quienes había de ser intolerable la indecencia. Y así sucedió.

Cuando los partidos políticos que integraban el conglomerado absurdo del Frente Popular se imaginaron llegada la hora de su triunfo y no contentos con repartirse hasta las migajas del banquete para aumentar el número de sus comensales imaginaron nada menos que destruir la sacrosanta unidad española aumentando ministerios y parlamentos y amenazando resucitar de nuevo la historia de los reinos de taifas, el 18 de julio de 1936 la juventud española invadió las calles para recuperar nuestras ciudades caídas en manos de los marxistas y pedir un puesto en la lucha, en las avanzadillas de los frentes de combate. Entonces se vió claramente que la antipatriótica preparación realizada a través de la escuela marxista y de los maestros laicos no había podido dominar los seculares impulsos de la vital raza española. Los que se creían dueños de todos los recursos del poder y de la mayoría de las riquezas patrias tropezaron con la bravura de un pueblo que contaba por miles los soldados y los demás problemas los resolvía como por milagro de Dios. No de otra manera pudieron consumarse victoriosamente las gestas del Alcázar y de Oviedo, de Brunete, Badajoz, el Ebro o la Campaña de Cataluña. Y así, hasta el 1.º de abril de 1939 en que el parte oficial de la Victoria, el último parte oficial, comunicaba a todos los españoles que nuestro Ejército, aprisionados los últimos restos del ejército enemigo, había alcanzado y cumplido todos sus objetivos militares.

De entonces en adelante, el Generalísimo Franco, Caudillo victorioso de la guerra, inició las tareas de la paz. Nada fácil era gobernar un país donde la vandálica destrucción ha sido sistemáticamente organizada y donde la devasta-

ción tuvo a su servicio, merced a la torya saña de las inteligencias marxistas los últimos adelantos de la ciencia. Nada fácil resultaba tampoco el conseguir un plano de tranquilidad social después de una contienda armada donde se producen resquemores múltiples y inherentes, claro es, a la propia dureza de la guerra. Y a la par en contra de cualquier recta intención, podrían aparecer formadas en línea las inteligencias torcidas por una intensísima preparación marxista de tres años. Y, por último, no era fácil tampoco mantener firme un pulso de carácter nacional dentro de un mundo en el cual comenzaban a notarse los primeros síntomas de la actual contienda. Desde la tranquilidad de nuestros hogares, desde el fondo de nuestro propio sosiego apenas podemos darnos cuenta de la magnitud de lo conseguido. No podemos imaginar las horas de sacrificio y desvelos que el Caudillo, supremo rector y artífice de nuestros destinos ha tenido que pasar para poder dominar todas las dificultades puestas a su paso. Mínimo y molestos obstáculos capaces de impacientar cualquier voluntad que no tuviera como la suya una insospechada resistencia a la fatiga y un ánimo tenso para todo servicio por áspero, duro y difícil que sea. Bajo la égida de Franco, la destrucción científica ha encontrado una más científica reconstrucción y los nuevos edificios ocupan y cubren los solares que dejaron, separatistas y marxistas, convertidos en solares ruinosos. Los ríos vuelven a sentir la presión ambiciosa de los arcos del puente. Un ritmo de próspero movimiento invade las reconstruidas vías de comunicación y las fábricas elevan al cielo los perfiles de sus altas chimeneas.

En la vida económico-social se han mantenido todas las ventajas logradas por los obreros, se ha conseguido eliminar la lucha de clases y el orden pú-

En el momento justo en que con emoción sin igual se leyó el último parte de guerra de la Cruzada anunciando el triunfo definitivo, en aquel momento llegaba para los españoles el principio de la temida paz que tanto alegraba a todos, y con razón, porqué después de todo no es hermoso acabar en el principio aunque se esté dispuesto a resucitar cuando sea por la causa alta de la Patria. Sobre aquellos bosques de Banderas alzadas en júbilo, sobre aquellos abrazos recios de madre e hijo, de camarada a camarada, de la novia que aguardó, sobre los gritos de entusiasmo que alzaban en hombros, como quien dice, a España, sobre todo eso había

blico apenas se ve trastornado por una delincuencia esporádica e inferior, a la de carácter común anterior al año 1939. Y, por último, en el ámbito internacional, España es una excepción dentro de un mundo en guerra, sin que haya significado nuestra neutralidad la más mínima concesión, sino al contrario. Nuestro derecho sobre Tánger, desconocido durante muchos años, ha alcanzado nueva validez.

Es por todo ello por lo que tiene un sentido político peculiar e importantísimo esta fiesta de la Victoria. El Ejército español, que a las órdenes de Franco desarrolla victoriosamente la guerra, es hoy garantía de la paz y en su perfecta identificación con la Falange mantiene abiertos los nuevos rumbos que han de imponer la justicia igual para todos en todos los órdenes de la vida, y que a los hogares ha de llevar la lumbre y el pan. Mientras tanto las voluntades juveniles se templan en la ambición de un Imperio que no ha de tardar en llegar.

* JOSE M.º GARCIA RODRIGUEZ

SOLDADOS DE PAZ a partir de la Victoria

un interrogante no hecho a humo de pajas ni nacido entre pesimismo: ¿Sabríamos ser dignos soldados de la paz como lo fuimos de la guerra?

Ir a ganar triunfo a triunfo la victoria social de un sistema político enteramente nuevo, no es como andar de trinchera en trinchera alcanzando el triunfo total de una contienda bélica. Para alcanzar una ventaja social se necesitan otros recursos que para apoderarse de unos kilómetros o de unos parapetos enemigos. En la guerra el elemento esencial es el ímpetu del corazón; en la paz se precisa, como cosa ineludible, la virtud política y la constancia políticas. La Historia en las páginas que cuentan desde el tercer Austria hasta el presente nos ha demostrado que servimos mejor para echar el pecho por delante y sostener una bandera, que para permanecer en pos de un expediente o de la tramitación de una ley. Además, la lucha a fuego desarticula la conciencia para la lucha a pluma. Lanzas embotan plumas y plumas embotan lanzas. Sólo con una educación rígida, con un ajustar el espíritu al trabuimpetus pacífico del sistema político, puede llegarse a conservar el temple que da la guerra y obtener, sin perder ese temple, una agudeza social que sepa emplearse en la paz como supo emplearse más recia y sueltamente en la guerra. En fin, hacia falta otra clase de disciplina, una disciplina interna, una autodisciplina; porque la muerte ordena las vidas, pero las vidas no ordenan la muerte. Privarse del vicio porque una necesidad y una autoridad te obligan a no acercarte a él, es fácil: a la fuerza ahorcan; lo difícil es saber renunciar al vicio sin tener demasiadas trabas. Con la voluntad nos ocurre así. Una idea impetuosa, una víspera de salvación o de perdición nos disciplina férreamente, pero la misma idea, más apagada, sin la alternativa de vida o muerte, nos apoya también. Servimos para conquistar, pero no para engrandecer las conquistas. Eso decía la Historia hasta el preciso momento en que se alzó el revuelo jubiloso de las banderas en triunfo, hasta el 1.º de Abril de 1939, día de la Victoria.

Los cuatro años de paz bajo la dirección del Caudillo nos han probado que aún siendo difícil superar ese lastre de malos organizadores, hemos llegado a obtener un nivel envidiable en la reconstrucción y aparamiento de la nación. Llevar a la práctica los estatutos del Fuego del Trabajo, obtener un ritmo acelerado en la labor de los Ministerios, conseguir la ordenación del Ejército en el grado de perfección que hoy tiene; llevar a cabo los programas en curso de la Marina; realizar obras de tanta importancia como las realizadas por el Ministerio de Obras públicas; las ventajas sociales obtenidas por el de Trabajo a través del Instituto Nacional de Previsión y otras muchas victorias políticas y sociales demuestran la capacidad organizadora del Estado Nacional-Sindicalista, victoria doblemente apreciable debido a las circunstancias en que se consiguieron. Porqué lograr como proféticamente dijo el Caudillo que España sea «una aurora de paz que alumbre al mundo» en su delirio belicoso y conseguir un ritmo de reconstrucción y de ejemplo social como nuestra Patria actualmente bien merece decir que los españoles son tan dignos soldados de paz hoy como lo fueron siempre en guerra. ¡Arriba España!

MANUEL VELA GIMENEZ

CLÁSICOS DEL MOVIMIENTO

JUVENTUD Y DIMENSION NACIONAL

¿Qué tiene de un modo verdadero el joven español en su mochila?

Tiene en primer lugar su juventud, es decir, una vida proyectada en el mañana, en el futuro. Y tiene también, posee también, una dimensión nacional, el hecho profundo, decisivo y formidable de haber nacido español, de ser español. Esta última cosa encierra y comprende su cualidad humana, la que lo define y presenta incluso como ser humano. Pues somos hombres cabales y plenos en tanto seamos cabales y plenos españoles, no viceversa.

No tiene más: No tiene riqueza, no tiene sabiduría, ni poder, ni destino individual ya alcanzado, ni doctrina alguna política a qué servir; en fin, nada sino aquellos dos valores ya dichos. Esto le acontece porque hace su presencia en una coyuntura tal de España que las actuales energías rectoras, tanto en el orden político como en el social y económico, se encuentran atravesando una hora de impotencia, contradicción y crisis.

Ahora bien, resulta que las juventudes no sólo carecen hoy de toda posibilidad normal de desarrollo sino que tienen delante el peligro mismo de que su propio y peculiar bagaje, aquel que ellas incorporan y traen, sea también torpedeado y hundido. Es decir, que su juventud y su dimensión esencial, fundamental, la de ser españoles, se quiebre y se pierda de un modo irremediable.

Si a estas alturas, si en estos momentos, España vacilase como nación independiente y libre, las juventudes quedarían amputadas, taradas, convertidas sin remedio en puros despojos.

El hecho de encontrarnos haciendo cara a las etapas finales de un larguísimo y secular proceso de descomposición, nos coloca tanto al borde del abismo como al borde del Imperio. Pero España debe y puede salvarse, siendo cada día más evidente que las juventudes constituyen su posibilidad única de salvación.

Reconocido que el pasado más inmediato y cercano de la Patria no ofrece asidero alguno firme a las juventudes, y que el pasado más lejano y remoto, aun magnífico y espléndido, es inasible por su propia lejanía, la consecuencia que de todo ello se obtiene es que las juventudes están solas, con aquellas únicas dos cosas mencionadas antes.

Hay, pues, que partir de esa realidad, aceptarla como buena, y organizar desde ella la acción de las juventudes.

RAMIRO LEDESMA RAMOS

V-1935